



Juan A. Ortega y Medina

“Estudio preliminar a *Seis meses de residencia y viajes en México*”

p. 333-374

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Estudio preliminar a *Seis meses de residencia y viajes en México*

333

Primera parte

Exordio

En la década de los años veinte del siglo XIX el México independiente (1821) se vio prácticamente invadido por una ininterrumpida y siempre incrementada corriente de viajeros extranjeros procedentes de Europa y Norteamérica. El fijar una década, como lo hacemos, no significa que en las sucesivas este alud viajero cesase o disminuyese, sino que la hemos escogido por ser la primera en que el recién independizado país abría de par en par sus puertas a las naciones que durante tres siglos habían soñado con penetrar en el reservado campo monopolista ejercido por el imperio español en América.

Esta inundación viandante no tenía nada de científica y menos aún de turística; no venía sino a entablar buenos negocios y a obtener los máximos beneficios posibles en el intercambio mercantil o empresarial. Trotamundos y también vagamundos plenos de audacias aventureras, inclusive en representantes diplomáticos, porque había que ser muy arrojado para penetrar en

un nuevo país todavía convulsionado por los últimos coletazos de la guerra civil, con activo y peligroso bandidaje rural y, por si fuera poco, constantemente amenazado por el vómito prieto que se creía producido por los malos aires (malaria) y emanaciones mefíticas procedentes de charcas y ciénagas.

Los mexicanos de dicha época vivieron una década de desbocado optimismo criollizante y supusieron que la guerra civil de diez años contra la opresora *patria mater* (más que madre, madrastra) había catartizado todos los males heredados. La nueva nación mexicana, por el hecho de haber cortado de raíz el cordón umbilical que la vinculaba a la Vieja España, se presentaba ante los otros, los de fuera, pura, virginal, imperial y neoztequista. Se aspiró entonces a que los extranjeros nos vieran como queríamos ser vistos; es decir, a las mejores luces del presente y sin las tinieblas y prejuicios heredados. Al romper con España; ruptura debida más a la incomprensión y estupidez monarquista, santialancera y fernandista, pretendimos que ella sola apurara el cáliz amargo de la famosa cuanto denigrante leyenda negra y que ni la menor sombra de ésta opacase el cándido esplendor de nuestra noble doncella republicana. Mas los *otros*, los de siempre, sólo vieron bajo tan ingenuo disfraz la misma execrable criatura contra la que habían batallado y a la que habían desprestigiado durante tres centurias. Los vituperios enarbolados contra los españoles sirvieron ahora para injuriar a los mexicanos o, cuando menos, para declararlos irresponsables y anárquicos y confundidos además en cuanto al futuro político.

De nada nos sirvieron nuestros dramáticos esfuerzos y sacrificios por querer ser distintos, por intentar ser otros; porque pese a nuestros mejores deseos siguieron observándonos y juzgándonos con arrogancia e incomprensión coheredadas. Ignoraron nuestra ingenua aspiración de querer ser diferentes, liberados de la nefasta herencia hispánica, y nos siguieron viendo tras las lentes ahumadas de sus rancias monomanías antiespañolas.

El breve desfile que vamos a presentar nos servirá de marco adecuado a los juicios críticos de William Bullock. No es él, por fortuna, muy severo al respecto si comparado con la mayor parte del coro peyorativo de viajeros anglosajones; mas pese a sus esfuerzos no puede evitar algunas críticas a cuenta de ciertos aspectos del vivir de México, atribuibles, por supuesto, a la mala herencia española. No pretendemos haber agotado la lista de testimonios correspondientes a la década citada; pero, eso sí, estamos seguros que enlistados están, sino todos, cuando menos la mayor y mejor parte de ellos, puesto que

no descartamos la posibilidad de hallar cartas o diarios todavía inéditos. Por otra parte no debemos perder de vista que los viajeros enjuiciados por nosotros son todos anglosajones, ingleses y norteamericanos, y, por lo mismo, los más rígidos y negativos en cuento a condenar un mundo que además de hispánico presentaba aspectos disolutores, exóticos y degenerantes, según ellos, difíciles de aceptar y menos digerir. Débese asimismo tener en cuenta que aun cuando estos juicios negativos y las lacras denunciadas (algunas ciertas, pero las más inventadas) nos levantan sarpullidos de indignación, tenemos que comprender que los defectos reales así como los inventados por nuestros críticos contribuyen a vernos, como si dijéramos, desde fuera, como espectáculo, contribuyendo así al conocimiento de nosotros mismos.

Biografía somera

Poco es lo que sabemos de la vida de William Bullock salvo estas cuantas notas que desperdigadas por allí y por allá hemos podido recopilar y presentar ahora ante el lector. Fue un viajero inglés que respondiendo al aventurero afán de su siglo recorrió el sur de Europa; el inefable atractivo que ofrecían Italia y España a la mente y a la mirada nórdicas de un modesto representante de la nueva clase burguesa triunfante, que al igual que la aristocrática e ilustrada del siglo XVIII emprendía la *tour* o *tourné* turística, Baedeker en mano, presto a apurar los efluvios sensuales románticos y a satisfacer sus ansias estéticas (más las italianas en este caso) grecorromanas, renacentistas, barrocas y neoclásicas. Tenía además una buena preparación botánica, mineralógica y zoológica (especialmente esta última, por lo que toca al mundo alado), que le permitía satisfacer su desesperada y casi demoníaca ansia de cazar pájaros a escopetazos; más que para cocinárselos, para disecarlos, pues se nos olvidaba decir que otro de sus méritos consistía en ser un excelente taxidermista. Por si fuera poco, fue también un entusiasta coleccionista, de suerte que en 1808 a la par que estaba al frente de una joyería y orfebrería en Liverpool publicó un catálogo descriptivo de un museo que él había montado y abierto al público, que consistía en obras de arte, armaduras, objetos y especies de historia natural, además de muchísimas curiosidades que el capitán y gran navegante James Cook (1728-1779) había traído de los Mares del Sur. Como al célebre personaje de Molière, Monsieur Jourdain, que hablaba en prosa sin saberlo, nuestro inquieto y buen William Bullock montaba

un museo sin percatarse de su proclividad museística; mas añadamos en su honor que iniciaba con otros ingleses escogidos la publicidad museológica pública en una época en donde los grandes repertorios artísticos y las vastas cuanto heteróclitas colecciones de todo tipo eran exclusivas y casi ferozmente privadas.

Ante el éxito obtenido en Liverpool marchó con su museo a Londres y pronto los londinenses pudieron admirar su exposición en pleno centro de la ciudad, en Piccadilly, en el recién erigido Egyptian Hall (parece ser que fue el lugar preferido por Bullock para montar sus exposiciones). Su muestra fue enriquecida con objetos extraídos de otras fuentes, del Museo Lichfield y de Sir Ashton Lever, además de las que el propio Bullock aumentó por su cuenta, producto de sus muchos viajes e investigaciones. Fue un verdadero éxito, el público acudió en masa y satisfizo el siempre incrementado deseo de contemplar novedades, sobre todo las que de suyo se presentan aureoladas y atorculadas con el marchamo de la curiosidad exótica. Fue uno de los museos más populares de la ciudad; fue tal el logro alcanzado que el llamado “London Museum” no cerró sus puertas hasta 1819, en que fue liquidado tras una subasta, no sabemos si ruinosa o lucrativa para Bullock.

Indudablemente el éxito de la exhibición redituó a favor de William Bullock, que pronto se vio rodeado de un grupo de negociantes ingleses de los más representativos de la fiebre especulativa de aquellos victoriosos días, quienes sobrantes de numerario no pensaban sino invertirlo en la Hispanoamérica ya independiente y particularmente en la Nueva España liberada, donde el libro famoso de Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1808), había puesto al descubierto las tentadoras posibilidades de fáciles y fabulosísimos negocios mineros, que parecían estar tan sólo esperando el arribo de unos activos y diestros inversionistas para que reanudase la corriente de rica plata que hasta ayer había estado en manos de la monopolista y odiada España y que hogaño y muy en breve podría ser atesorada en las bóvedas de la City. Asimismo los fabricantes y empresarios manufactureros se las prometían muy felices ante las perspectivas comerciales que ofrecía el México libre y dueño de su destino. El *Ensayo* del sapiente barón alemán no sólo fue traducido inmediatamente al inglés, sino que fue reeditado despojándolo de toda hojarasca; es decir, dejándolo reducido a la información estrictamente económica (minera y comercial) como cebo para la inversión en grande que estaba en perspectiva y para que tam-

bién sirviera de buen reclamo en manos de enganchadores más o menos escrupulosos.

En 1822 un grupo de especuladores y el grupo no especificado de “ese público” inglés, como escribe en el prefacio, “mediante cuya bondad y patrocinio [pudo] realizar” su viaje a México (hay que suponer que se trataba de inversionistas modestos) emprendió William Bullock, F. L. S., etc., etc. (verbigracia que era miembro correspondiente de la Sociedad Linneiana, famosa por aquellos tiempos) su rápido periplo, desembarcando en Veracruz tras una feliz travesía desde Portsmouth, vía Kingston, Jamaica, el 2 de marzo de 1823, el año III de la Independencia y diecisiete días antes de que el emperador Agustín de Iturbide abdicase ante el Congreso. Traía consigo cartas de presentación para algunos de sus paisanos y, sobre todo, para comerciantes y personas importantes de México, lo que aprovechó para rodearse de un aire de intrigante misterio diplomático que le abrió todas las puertas y lo puso en contacto con notables personajes.

Sólo estuvo en esta primera visita seis meses, que fueron para él más que suficientes para tomar sus notas y confeccionar poco después su libro, el que ilustró, y más adelante hablaremos de ello, su hijo. Describió las ciudades, pueblos y aldeas que halló en su ruta; visitó Texcoco y las pirámides del Sol y la Luna y en dos rápidas excursiones estuvo en Temazcaltepec que fue para él, tan aficionado por su bisel romántico a verlo todo reflejado naturalísticamente, el paraíso encontrado o reganado. A ciencia cierta no sabemos si el gobierno mexicano le regaló, como dice uno de sus biógrafos, A. M. L.,¹ una mina de plata, o fue Bullock el que la compro tras obtener su carta mexicana de naturalización y cumplir con los requisitos y ceremonias relativos a la explotación de su mina, pero sea lo que fuere, lo que parece cierto es que no logró obtener ni siquiera un peso de la concesión y explotación mineras.

Recogió innumerables muestras de la flora y la fauna mexicanas así como objetos arqueológicos de toda índole, amén de ejemplares de artesanía popular, todo lo cual cargó consigo y se lo llevó a Londres. Con ello montó en el ya citado Salón Egipcio dos exposiciones; una sobre el México antiguo; otra sobre el México moderno de su época, con sendos catálogos descriptivos,

1 Datos biográficos de W. Bullock: *The Dictionary of National Biography*, Londres, Oxford University Press, v. III, p. 256.

entre históricos y arqueológicos, que sin duda respondieron con creces a la expectación suscitada. Ambas exposiciones, así como su libro, fueron intencionalmente promocionales y, de seguro, los fautores de su viaje se sintieron más que satisfechos y esperanzados.

Para 1827 nos encontramos de nuevo con Bullock en México, coincidiendo su estancia con el viajero, comerciante y amigo suyo, el incógnito autor [Penny] de otro libro sobre México, y con el honorable primer representante del gobierno inglés en nuestro país, el señor H. G. Ward, que no simpatizó en nada con él y cuya actitud respecto a éste consistió en reducir ante el público inglés el desmesurado entusiasmo minero que muestra en su libro el temascaltepeño y mexicano por naturalización. Junto con su mujer y demás familia, amén de un jardinero, se construyó una casa en el pueblo, en un lugar muy hermoso como correspondía a la emoción estética del paisaje experimentada, sobre todo, por los hombres del septentrión europeo, y de seguro al estilo inglés, como correspondería al jardín à l'anglaise que ordenó le trazaran.

No le salieron bien las cosas a Bullock, traspasó su mina El Vado y la hacienda de beneficio porque no había siquiera conseguido obtener una sola onza de mineral (rico o pobre), según critica Ward, y emigró a los Estados Unidos, y como lo hizo cuando llegó por primera vez a México, publicó rápidamente sus impresiones sobre Norteamérica: *Sketch of a Journey through the Western States of North America* (1827), incluyendo en este bosquejo extractos y relaciones de varios autores sobre las condiciones de vida en la Cincinnati del año 1826, con el propósito de atraer a otros aventureros viajeros para que se le unieran en una colonización que él proyectaba. En su nota al público, Bullock expresa que se sentía muy satisfecho con el país y con el vecindario de Cincinnati y convencido también de la elegibilidad colonizadora para gente de limitados recursos, como él mismo era. Había comprado una casa y una hacienda a donde iba a retirarse con su esposa e hijos y colonos. El libro contiene asimismo un plano de la propuesta “ciudad de retiro” a la que llama en griego *Hygieia*, nombre que corresponde a la diosa de la salud. Nada tiene de extraño este escape utópico porque se vive en una época en que el llamado socialismo utópico (mejor sería calificarlo de semiutópico) hace de las suyas, con fundaciones como la *Nueva Armonía*, ciudad fundada por Roberto Owen en Indiana; el *Almacén de Cambio*, del mismo Owen; el *Falansterio* de Carlos Fourier; el *Taller Social* de Luis Blanc, y la romántica y no menos imaginaria

Icaria americana de Cabet. Soplan vientos de terrenales utopías y no era Bullock hombre que pudiera liberarse de ellos.

Además de las obras mencionadas, escribió Bullock un tratado de taxidermia (*A Concise and Easy Method of Preserving Subjects of Natural History*, 1817) y un ensayo sobre *An Account of four rare Species of British birds* que leyó ante los miembros de la Sociedad Linneo de Londres y publicó en la revista de dicha sociedad (*Transactions*).

De su pluma surgieron además *A companion to the Liverpool Museum* (1808), que alcanzó más de diecisiete ediciones; la edición de *The Narrative of Jean Hom* (1816); un *Catalogue of the Superb Collection of Books* (1819), que fueron vendidos por Bullock en el Salón Egipcio, y otro *Catalogue of the Roman Gallery of Antiquities and Works of Arts and the London Museum* (s.f.) que se exhibieron en Picadilly (Egypcian Hall).

Fuera de esto no hemos podido obtener hasta ahora más datos sobre este personaje; no sabemos si se quedó en los Estados Unidos o regresó a su país, pero creemos imposible esta segunda solución puesto que no tenía margen justificativo para su fracaso minero ante los accionistas de la *The Mexican Mine Company* propiedad del señor Baring y de sir John Lubbock, quienes habían pagado el traslado de la familia Bullock, del jardinero y de catorce mineros irlandeses católicos, además de erogar anualmente un salario de 700 libras esterlinas para el director. Para cuando Bullock salió de Temascaltepec, la compañía había ya gastado unas 20 000 libras esterlinas y no había la menor señal de una bonanza de recuperación.

De lecturas y cultura

Cabe ahora indagar sobre el equipaje intelectual del viajero, pues además de su familiaridad con cierto tipo de conocimientos técnicos, fue un obligado lector, por principio, del famoso libro de Alejandro de Humboldt, el *Ensayo político* sobre el reino novohispano y, como ya dijimos, en cierto modo viene a criticar y poner al día, a vulgarizar, ciertos tópicos y conocimientos (mineros e inversionistas) que la obra de Humboldt había dejado entrever. No le podían faltar tampoco las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, y Bullock en más de una ocasión se expresó con admiración del caudillo de la conquista de México, sin que falte entre las lecturas el contrapunto de Bernal Díaz, cuya *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* lo deleita; pero su ca-

ballito de batalla informativo es el libro de Clavijero, *Historia antigua de México* que le despierta, aunado con lo que dice Humboldt al respecto, un extraordinario interés por los asuntos y temas arqueológicos, que llevan a Bullock a visitar Texcoco, el llamado baño de Nezahualcóyotl, las pirámides del Sol y de la Luna en Teotihuacan y la de Cholula. Para Bullock la obra del sabio jesuita tiene un valor excepcional no solamente por la información arqueológica que encierra y que tanto le atrae, sino porque es un contundente mentís a las falsas elucubraciones de Depauw e incluso a las de un historiador profesional como Robertson, que acierta cuando hace juicios críticos de la nefasta política colonial española, sin caer en la cuenta que el proteccionismo y monopolismo económicos del imperio español eran semejantes a los establecidos por Inglaterra en sus colonias. Bullock hace naturalmente suyos estos juicios; pero no desbarra tanto como el prusiano cuando se refiere a las antiguas culturas indígenas. Como escribe Bullock, si Robertson o Depauw “hubieran pasado una hora en Texcoco, Tezcutzingo o Huexotla no habrían supuesto en ningún momento que el palacio de Moctezuma en México era una choza de barro”; sin embargo, años más tarde Morgan o Bandelier siguieron manteniendo, peso a todo, este falso criterio y pensando que la comida de Moctezuma que registra Bernal Díaz era una ficción y que el tal emperador no pasaba de ser un *Sitting Bull* (Toro Sentado) cualquiera.

Alaba Bullock las gigantescas obras realizadas por los pueblos precolumbinos de México, demolidas por los españoles para no dejar vestigio de la antigua grandeza constructiva indígena; subraya que habían alcanzado un alto grado de civilización y critica a los frailes misioneros cuyo celo religioso los llevó a la destrucción de ídolos y códices. Sin embargo, la contemplación de la Coatlicue le horroriza porque su sensibilidad estética neoclásica, “Georgian Style”, le impedía considerar la voluntad estético-religiosa tan distinta a la europea de tradición grecolatina. La arquitectura novohispana le complace; mas si el exterior de estas soberbias casones de origen mediterráneo es admirable, los interiores le resultan deplorables pues los muebles grandes y pesados de estilo español (colonial como en México decimos) no se acomodan bien a su gusto inspirado en los modelos ingleses (chippendales, Sheraton, hepplewhite). Mucho viajó por Europa, según hemos dicho, el viajero inglés William Bullock, por ello fue poseedor de una mediana cultura artística que si bien le hace impermeable al barroco churrigueresco hispánico, le permitió conmovearse ante las representaciones artís-

ticas de los pintores Corregio, Maratti y el grabador Claude, admirados por él en la vieja Europa.²

El viajero, que ha estado en la cima del Tezcutzingo; que ha coronado las romas cúspides piramidales; que ha sacado copias en yeso de las piezas más importantes de la cultura azteca; que ha reunido una buena colección de ídolos e idolillos y vasijas prehispánicas; que ha arramblado con todo mapa o códice que le ha caído en las manos, o que ingenuamente le han prestado para que los exhiba en Londres, sabe por directa experiencia que no es posible sostener afirmaciones como las que sustenta Robertson. Clavijero le va a servir para respaldar científicamente lo que *in situ* ha podido comprobar Bullock. Más todavía, él, un tan “entrometido” e “intruso visitante”, tal y como a sí mismo se describe, ha leído un ensayo de León y Gama sobre las famosas piedras (Calendario Azteca o “reloj de Montezuma”, de acuerdo con la opinión popular, la Coatlicue y la piedra conmemorativa de Tízoc) e inclusive una obra o apuntes de éste, hoy perdidos, y ha frecuentado asiduamente la Enciclopedia Británica en busca de información. Y cita también al anciano dibujante Luciano Castañeda, compañero del capitán Dupaix en la Expedición Anticuaria; copia dibujos que se guardaban en el Palacio de Minería y asimismo algunos bocetos del primero. Otra obra que utilizó e inspiró la propia fue la de Thomas Gage, el célebre exdominico inglés que develó en pleno siglo XVII el misterio novohispano e incitó a Oliver Cromwell a la frustrada conquista de la Nueva España (1655) y promovió la mayor parte de las críticas de Bullock (*Nueva relación de las Indias Occidentales*, 1648).

Para nuestro viajero como para su modelo no existe siquiera un solo factor positivo en la colonización española; ciertamente, repitamos, admira a Cortés, se entusiasma e incluso se asombra ante las suntuosas catedrales y templos novohispanos; se hace lenguas de la planificación de arcidriche de las ciudades, de los espléndidos edificios de las mismas, de la suntuosidad criolla, de la felicidad inocente que mostraban los indios y de la riqueza de que hacía gala la civilización agraria y minera de la Nueva España; pero no encontramos un elogio expreso, aunque sí tácito, porque la tradición inglesa y el clima político cultural de la época bloqueaban toda posibilidad externa de elogio. La condena hispánica se ejercía sin cortapisas, sencillamente, como

2 O bien las obras, vistas por él en Italia y otros lugares, de Miguel Ángel, Cellini o Juan de Bolonia; así como las que admiró de Brughel y Fuseli.

un lugar común incuestionable. El yugo colonial español resulta terrible y sólo es bueno y, por consiguiente, positivo el yugo colonial que ejerce Inglaterra en sus dominios ultramarinos.³

Trasfondo histórico

El 21 de marzo de 1821, insurgentes (Vicente Guerrero) y realistas (Agustín Iturbide) juraron el *Plan de Iguala* cuyos puntos principales se referían a que la nación se constituiría en monarquía moderada; que se declaraba emperador de México a Fernando VII o en su defecto a cualquiera de los infantes, sus hermanos, o a otro individuo de casa reinante que el Congreso eligiese; que todos los habitantes de la Nueva España tendrían opción a los empleos y que se mantendrían en sus cargos los empleados que reconociesen y jurasen el *Plan*.

Las tropas realistas e insurgentes secundaron el Plan y formaron el Ejército Trigarante o de las tres garantías; religión católica, unión e independencia. El virrey Apodaca es destituido y se nombra en su lugar al viejo mariscal don Francisco Novella. La llegada, empero, del nuevo virrey a Veracruz, don Juan O'Donjú, posibilita la entrevista e éste con Iturbide, de la que resultan los Tratados de Córdoba, que confirmaban el *Plan de Iguala* con la única modificación de que si Fernando VII y demás infantes españoles no aceptaban el trono mexicano, las cortes imperiales podían elegir libremente al monarca.

El 27 de septiembre de 1821 penetraba el Ejército Trigarante por el Paseo de Bucareli al corazón de la capital mexicana llevando a su frente a O'Donjú, Iturbide y Guerrero, quedando así consumada la independencia de México. De acuerdo con el *Plan de Iguala*, la Junta Suprema de Gobierno formada por 38 miembros, de los cuales ninguno había sido insurgente, eligió a cinco regentes encabezados por Iturbide, los cuales incorporan Chiapas al imperio, lo hicieron igualmente con Guatemala, San Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras y firmaron la convocatoria para el Congreso Constituyente que quedó instalado el 24 de febrero de 1822. En dicho Congreso se formaron inmediatamente tres partidos: el iturbidista, el republicano y el borbonista. En

3 Resulta extraño que no conociera, pues no lo cita, el libro de José Guerra (Fr. Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra), *Historia de la Revolución de Nueva España*, Londres, 1813, lo que tal vez significa que por entonces no le interesaban a Bullock ni poco ni mucho los asuntos mexicanos.

la noche del 18 de marzo de ese mismo año el sargento Pío Marcha, mediante un motín cuartelero, proclama a Iturbide emperador, y el Congreso, parte por presión y parte por entusiasmo, acepta la violenta proclamación e Iturbide es coronado el 21 de julio de 1822. No tardaron en chocar los contrapuestos intereses que representaban los miembros del Congreso y los correspondientes al ejecutivo imperial, y este último disolvió la cámara el 31 de octubre y ordenó la aprehensión de varios diputados poco adictos al emperador.

La situación del país era caótica: el castillo de San Juan de Ulúa seguía en posesión de la guarnición española al mando del general Dávila; el comercio por Veracruz estaba, por tanto, paralizado; en las provincias reinaba la anarquía; Centroamérica pugnaba por separarse del imperio y pretendía formar Estados independientes; Jalisco y Yucatán aspiraban también a proclamar su independencia; el tesoro público estaba exhausto y los empréstitos contratados resultaban ruinosísimos y, en suma, el comercio, la industria y la minería estaban abandonados y el país se hallaba ante la perspectiva de un colapso total.

El 2 de diciembre de 1822 se rebela Santa Anna en Veracruz, desconoce al emperador, proclama la República y exige la convocatoria de un Congreso Constituyente. Se suman inmediatamente al movimiento los generales insurgentes Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo. Con inexplicable indecisión Iturbide no se pone al frente del ejército imperial para aplastar al movimiento, sino que envía al general Echávarri quien se pone de acuerdo con los sublevados. El primero de febrero de 1823 se firma el llamado Plan de Casamata cuyo punto principal era la convocatoria para un nuevo Congreso Constituyente y prohibía atentar contra la vida de Iturbide. Ante la fuerza que toma el movimiento, Iturbide ordena poner en libertad a los diputados detenidos y permite que el Congreso reanude sus sesiones el 7 de marzo de dicho año. El 19 del mismo mes presenta Iturbide su abdicación ante ese mismo Congreso que él había ordenado disolver. El Congreso no acepta la abdicación fundado en que Iturbide no había sido electo emperador en forma legal; le concede una pensión de \$25 000 anuales y lo destierra del país. El 11 de abril de 1823 Iturbide se embarca rumbo a Italia.

El poder ejecutivo queda en manos de un triunvirato formado por los generales Pedro Celestino Negrete, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria. El nuevo Congreso queda instalado el 7 de noviembre; el 29 de junio de 1823 Centroamérica se separa de México; se proclama el Acta Constitutiva provisional que

establece la forma de gobierno federal; expide el decreto del 13 de abril de 1824 por el que se declara traidor y fuera de la ley a Iturbide si se presentaba en el territorio nacional. Iturbide se presenta y es fusilado en Padilla el 19 de julio de dicho año. El 4 de octubre de 1824 se proclama la Constitución Republicana Federal; don Guadalupe Victoria es elegido presidente de México (el primero que tuvo el país), cargo que desempeñó desde el 10 de octubre de 1824 al 21 de marzo de 1829.

Cauda viajera

Para el mundo euroamericano en general y para el inglés muy particularmente la aparición de la obra de Alejandro de Humboldt, el *Ensayo político novohispano* (1803), tuvo el valor de una increíble y admirable revolución. Realmente poco, muy poco se sabía de la Nueva España y los únicos datos disponibles eran los del comerciante florentino Francesco Carletti,⁴ y del ya citado exdominico Thomas Gage que en la primera mitad del siglo XVII había recogido y publicado sus engañosas, interesadas e intervencionistas experiencias en su *Nueva relación de las Indias Occidentales* (1648). Años después entre 1699 y 1700 el *Viaje a la Nueva España* de Gemelli Carreri, súbdito del imperio español, y la *Idea de una nueva historia general de América Septentrional* (1746) del napolitano y guadalupano y también súbdito español, Lorenzo Boturini, arrojaron alguna luz sobre aquella misteriosa e impenetrable China del Nuevo Mundo; es decir, la Nueva España.

Así permanece nuestro México casi como *terra incognita* hasta que el aventurero norteamericano William Davis Robinson, que tan pronto está con los realistas como con los insurgentes, de acuerdo con sus particulares intereses, levanta un poco el velo de la situación política novohispana con sus *Memorias de la Revolución Mexicana* (1820-1821).

Joel Roberts Poinsett, “ciudadano de los Estados Unidos”, según él mismo se presenta, ocultando así su nombre en este amplio anonimato, dejará de sus andanzas políticas por el México independiente sus ya famosas *Notas sobre México* (1824) cuyo objeto, además del informante, es presentar la figura y persona de Iturbide, con los trazos más negativos que el fervor republicano

4 *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606)*, México, 1976.

le incita a bosquejar.⁵ Junto a este irrefrenable anti-iturbidismo añadiremos su poco tacto e injerencia en los asuntos públicos y privados del país, que le llevarían años más tarde a su expulsión de México.

El 2 de marzo de 1823 desembarca en Veracruz el primer viajero británico; tras seis meses de estancia en México regresó a Inglaterra y publicó un importante y curioso libro: *Seis meses de residencia y viajes por México* (1824); pero dejamos el abordaje crítico del mismo para otra sección de este estudio preliminar donde el tratamiento lo haremos en extensión y profundidad (*multa et multum*), ya que en este estudio se presenta la obra del autor.⁶

A esta década viajera de los años veinte del siglo XIX pertenece el marino de la armada británica Basil Hall. Escribió un interesante y fascinante relato sobre su largo viaje por las costas de Chile, Perú y México durante tres años (1820-1822) que fue acreedor a tres ediciones inglesas, prontamente agotadas, y una francesa (1825), lo que prueba la importancia de este *best seller* para sus contemporáneos, ansiosos por conocer todos los excitantes secretos y todas las posibilidades inversionistas que ofrecía la Hispanoamérica recientemente independizada.⁷ La temática crítica fundamental es subrayar el intencional atraso que, según él, había impuesto la España imperial en todas sus colonias, y que ejerció un influjo negativo en todas las ramas de la administración, en la industria y en el comercio, así como en la cultura. Esto es por lo general, algo que todos los europeos y estadounidenses querían oír y que, en particular, halagaba los oídos de los ingleses y afilaba las uñas de los comerciantes, manufactureros, políticos y especuladores. Si hemos de creer a Basil Hall, la degradación de la población americana impuesta intencional-

5 *Notes on Mexico*, Philadelphia, H. C. Carey and L. Lea, 1824.

6 *Six Months Residence and Travels in Mexico*, Londres, John Murray, 1824. (Se hizo una segunda edición en 1825).

7 *Voyage au Chile, au Perou et au Mexique, pendant les années 1820, 1821 et 1822*, París, Arthur Bertrand, Libraire, 1825, 2 v.

mente por España era una opinión aceptada sin discrimen por todos, absolutamente todos, los criollos.

Un autor anónimo que a sí mismo se identifica de la misma manera que lo hiciera Poinsett, es decir “un ciudadano de los Estados Unidos” dio a la imprenta en 1826 *Una visión de Sudamérica y México*,⁸ libro que responde, como él escribe, “al vívido interés de los ciudadanos de Estados Unidos por una revolución que tiene tan importante influencia en la causa de la libertad y en los destinos del Nuevo Mundo”.

El primer paso, inspirado en el historiador escocés Robertson, es criticar la conquista. Una vez más ésta queda enjuiciada desde el punto de vista exclusivo de la acción guerrera. Lo interesante en este anónimo autor son las diferencias que presenta mediante la comparación de la conquista española y la colonización inglesa: los españoles no sólo conquistaron la tierra sino que subyugaron a sus habitantes; los ingleses se contentaron sólo con lo primero. De esta actitud española se han derivado infinitos males (mestizaje, castas, indios, miserables); males que la colonización inglesa evitó. El colofón tendríamos que ponerlo nosotros; pero es mejor que el lector haga sus propias conclusiones sin perder de vista que la condición de posibilidad de su juicio deberá surgir por fuerza de ese pozo sin fondo de la maléfica actitud española. A esto añade las diferencias monárquicas: rey absoluto en España; limitado en Inglaterra. Las colonias americanas de España eran reinos independientes sometidos a la tiránica autoridad real, lo cual no había ocurrido en las colonias inglesas, donde había legislaturas locales y se practicaba el principio representativo.

En 1828 se publicaba en Londres un libro en cuarto (242 páginas) intitulado *Bosquejo de la sociedad y costumbres de México*, resultado de tres años de residencia en nuestro país (1824-1826). El autor del libro, T. Penny, oculta su nombre y ni siquiera se identifica a la manera anónima como lo hacen Poinsett

8 *A View of South America and Mexico*. New York, H. Huntington, 1826.

y Huntington.⁹ Aparte de las habituales críticas sobre los usos y costumbres mexicanas, este viajero, uno de los más generosos en sus juicios, está interesado fundamentalmente en vender los géneros ingleses (tejidos) por el centro de la República en competencia cerrada con los comerciantes españoles que todavía ejercían su monopolista influjo económico. Su interés fue doble: arruinar la competencia comercial española (ingleses y yanquis obraban de consuno en esta dirección) y de paso acabar asimismo con la incipiente industria textil mexicana así como con los telares y plantíos familiares de algodón. Remachando de continuo sobre las puertas aduanales de altas tarifas para los géneros extranjeros, fueron demoliendo las barreras impositivas hasta lograr inundar al país con aludes de tejidos baratos casi a precio de *dumping*. En esta tarea no estuvieron solos y nuestros ingenuos liberales se encargaron *laissezfairiana* y suicidamente en facilitarles la maniobra por aquello de que había que cubrir de modo decente al harapiento lumpen de nuestras ciudades; fundados, vale la pena insistir en ello, en la necesidad moral y material de vestir al pueblo.

Tócale el turno ahora al más furibundo y agresivo de todos los viajeros anglosajones de la década vigésima de la centuria decimonónica, Mark Beaufoy, oficial licenciado del ejército victorioso de Wellington, quien como él decía con sin igual desparpajo, juzgaba la profesión de las armas, “la de matar sin asesinar”, como la más honorable y menos mercenaria para alcanzar rango y fortuna. Sus *Ilustraciones mexicanas demostradas con hechos* (1828)¹⁰ es un libro fementido y el más negativo que jamás se haya escrito sobre México; su objetivo es poner al descubierto la realidad mexicana (tal cual él la vio y la vivió) enmascarada y tergiversada primeramente por Humboldt y después por William Bullock. Estos dos embaucadores eran los causantes del optimismo especulativo levantado en torno a nuestro país; optimismo que había ocasionado la ruina de muchas honradas y bien intencionadas personas que

9 *A Sketch of the Customs and Society of Mexico, in a Series of Familiar Letters; and a Journal of Travels in the Interior, during the Years 1824, 1825, 1826*, Londres, Longman and Co., 1828.

10 *Mexican Illustrations founded upon Facts*. London, Carpentier and Son, 1828.

habían invertido sus ahorros en México, entre ellas el propio Beaufoy. La ruina de los rosados sueños inversionistas hace que el exmílite arremeta contra todo y todos. Los criollos salen mal parados, no menos que los mestizos y los pobres indios; pero los que quedan “como no digan dueñas” son los españoles de aquende y allende el océano puesto que si los mexicanos eran inmorales, depravados y de malas costumbres, ello se debía a que así los habían mal educado los españoles, quienes no habían conferido a sus colonias ni un solo beneficio. Los mexicanos a fin de cuentas eran dignos de lástima, pero los españoles merecían el desprecio.

Estos juicios negativos, antimexicanos, están condicionados por la tradición, por la herencia histórica, por el fondo histórico-racial y religioso hispánico que informaba y coloreaba el pensamiento y la acción del hombre hispanoamericano.

Modernamente han sido publicados el diario y las cartas (1959) del joven diplomático y secretario de Poinsett,¹¹ *México 1825-1828*, que si bien no añade nada nuevo u original por lo que respecta al típico comentario viajero –norteamericano en este caso– cara a México, tiene la novedad de ver el antagonismo mexicano-americano como la proyección de conflicto anglohispanico entre modernidad y tradición. Tayloe tiene plena conciencia de su herencia cultural y política y, por lo mismo, el blanco de sus críticas es la deformación de los principios republicanos en manos mexicanas. Su idea regeneradora se basaba en barrer o acabar de raíz con la mala herencia e influencia hispánicas (expulsión de todos los españoles como primer paso) a fin de que México viéndose en el espejo exitoso de sus republicanos vecinos se beneficiase de la presencia norteamericana que vendría a ocupar el vacío dejado por los españoles; regeneración moral, económica y política mediante la presencia yanqui. A lo ciceroniano clama el joven Tayloe: *O tempora o mores!*¹² ¿Podrá acaso subsistir una república sin virtud? Montesquieu dice que no. ¿Cuál será por tanto el destino de México?

11 Edward Tayloe, *México, 1825-1828*, edic. C. Harvey Gardiner, The University of North Carolina Press, 1959.

12 ¡Oh tiempos, oh costumbres!

El Teniente R. W. H. Hardy representa con su libro *Viajes por el interior de México en [los años] de 1825, 1826 y 1827* el típico joven aventurero dispuesto a forjarse prestamente una fortuna sin reparar en dificultades.¹³ La extracción de ostras perleras y la localización y explotación de minas de plata y oro son sus objetivos y no le arredra el tener que viajar miles de kilómetros por el noroeste de México e introducirse entre las tribus de indios montaraces durante meses, levantando temores entre sus paisanos residentes en la capital mexicana. Durante el tiempo que vivió en la ciudad de México concurrió a las tertulias más distinguidas y su calidad de extranjero le abrió generosamente muchas puertas que de otra manera le hubieran estado siempre cerradas: la curiosidad mexicana y la proverbial hospitalidad hispánica le posibilitaron el acceso a los salones privados más exclusivos. Asistió asimismo a las meriendas que a base de chocolate organizaba Ward entre amigos y simpatizantes del grupo *escocés* y orejeaba también entre los representantes del grupo *yorkino* en los *tea parties* centrarreplicantes que montaban Poinsett y Tayloe.

Algunas observaciones crítico-políticas de Hardy son indudablemente inteligentes; se da cuenta que en nuestro país una cosa puede ser moralmente justa, pero políticamente injusta, y que los dogmas políticos, aunque en su mayor parte ininteligibles, son adoptados usualmente por una singular desviación del buen sentimiento. Esto nos recuerda la actitud del bonazo de don Carlos María de Bustamante votando entusiasta y decididamente la expulsión de los españoles y acompañado pocos días después, todo desconsolado a un íntimo amigo suyo que abandonaba el país por causa del decreto de expulsión, y dejaba tras de sí a su llorosa y compungida esposa mexicana y al hijito mexicano habido en su matrimonio. “El sentimiento del momento –prosigue Hardy– es más que suficiente para tomar partido y la dirección de los pensamientos se deja inclusive a los jefes de cada facción, y digo facción a lo que en otros países se denomina partido.”

Hay además críticas contra el sistema de misiones y observaciones económicas a cuenta del liberalismo económico que como panacea política sustenta Hardy; tampoco faltan algunos puyazos por la excesiva confianza depositada por los inversionistas en el libro novohispano de Humboldt.

13 *Travels in the Interior of México in 1825, 1826, 1827 & 1828*, Londres, Colburn and R. Bentley, 1823.

El caballero H. G. Ward, primer encargado de negocios en México de su majestad británica, editó en Londres (1828) un libro que además de interesante es crucial para el conocimiento de la vida social, política y económica correspondiente a la primera mitad del siglo XIX mexicano: *México en 1827*, el libro más ecuánime jamás escrito por un inglés sobre nuestro país.¹⁴ Tiene también el libro de Ward el valor de ser un testimonio fidedigno del pensamiento anglosajón sobre el lugar que nos asignaron desde principios del siglo XIX como país agrícola suministrador de materias primas (plata y productos agrícolas tropicales). Al igual que Penny, piensa Ward que los tejidos ingleses deberían sustituir a los nacionales y para lograrlo no había otra opción sino anular o rebajar al máximo las tarifas aduanales proteccionistas; cosa que, en efecto, se llevaría prontamente a cabo. Por otro lado la presencia inglesa había mejorado las costumbres y las modas incluso. Los criollos estaban carentes de una sólida instrucción y la causa de ello –el lector puede ya presumirlo– se debía al recelo de España pues el poder sobre sus súbditos transmarinos estaba en relación directa con la escasa cultura que les proporcionaba.

El libro de Ward quiere también detener sensatamente la desconfianza producida en Inglaterra a raíz de los primeros fracasos mineros; controlar el derrotismo y asegurar a los inversionistas de minas de las futuras posibles ganancias mediante inversiones prudentes y bien comprobadas.

Frente a la colonización de Texas se muestra pesimista y no sólo teme por México sino también por Inglaterra a causa del control geopolítico del Golfo a ejercer por los norteamericanos. Termina Ward sus juicios críticos adelantando algo que debería haber frenado el excesivo entusiasmo que los criollos pusieron en los ordenamientos constitucionales. Según Ward, que estaba en lo justo, ninguna constitución, ni incluso venida del cielo, podría desarraigar de la noche a la mañana la inercia política del pasado. México necesitaba un gobierno moderado, fuerte, de *escoceses*; un gobierno que mantuviese en paz al país, que fue precisamente lo que nos faltó casi a todo lo largo del siglo XIX: a veces por intransigencias internas, otras por intervenciones procedentes del exterior.

14 *México in 1827*, Londres, Henry Colburn, 1828. Hay traducción al español del Fondo de cultura Económica, México, 1981.

El Diario de residencia y viaje por el interior de la República Mexicana en 1826, publicado en Londres dos años después,¹⁵ fue escrito por el capitán G. Frances Lyon, codirector con otro capitán (observe el lector la frecuencia con que aparecen estos *ex milites gloriosii* del ejército wellingtoniano), Vetch, de la Compañía Minera de Bolaños, con minas en Jalisco y Zacatecas.

Lyon admira a los mestizos, compadece a los indios y desdeña a los criollos; raza altanera, orgullosa, indolente, despótica e ignorante. No vamos a repetir las causas de esta ignorancia y todo lo demás, pues que son variantes críticas sobre un mismo tema; empero estos criollos son, pese a todo, susceptibles de mejora gracias a la presencia inglesa y al influjo de los ingleses que no fumaban o lo hacían en pequeña escala; que no jugaban (juegos de naipes) y que se bañaban casi a diario.

Lyon además de inglés es judío, caso extraño el suyo pues pertenecía a la armada británica que, como se sabe, era coto cerrado para el que no era inglés de espíritu y cuerpo enteros. Por supuesto critica el culto y, en particular, las inútiles e insultantes riquezas acumuladas en los templos católicos. Acaso, siguiendo a Vattel,¹⁶ pensaba que era en extremo caritativo despojar a la Iglesia de sus riquezas para que así pudiera regresar a su original pobreza evangélica. Sin embargo, Lyon no tuvo el menor inconveniente en codearse con religiosos y admirar a uno de ellos: el reverendo padre fray Juan Rosillo de Mier Cuauhtemotzin, franciscano y capellán que fue de Iturbide, además de ser un hombre inteligente bien leído y mejor *escrito* y, por supuesto, liberal.

La beatería y la intransigencia especialmente le molestan; sin embargo, él hubiese sido el primer sorprendido si hubiera sabido que la famosa intolerancia hispánica procedía directamente del judaísmo. Y baste recordar a este respecto la excomunión dictada al filósofo panteísta Benedicto o Baruch de Espinosa por el sinedrion judío de Ámsterdam (1656).

Para finalizar esta década de los veinte decimonónicos traeremos a cuenta al caballero George Alexander Thompson (*Narración de una visita oficial a Gua-*

15 *Journal of a Residence and Tour in the Republic of México*, Londres, John Murray, 1828.

16 Emerico Vattel, *Derecho de gente*, 1751.

temala desde México, Londres, 1829),¹⁷ al capitán (luego coronel) R. A. Colquhoun; al ingeniero Robert Phillips, a un tal Wavel y al coronel Bourne. El primero fue comisionado por el gobierno inglés para estudiar las posibilidades de reconocimiento diplomático a la República Central de Centroamérica y a la República de Colombia, y el segundo llevó las bombas de desagüe desde la costa atlántica a Real del Monte (Hidalgo), una verdadera odisea; el tercero proporcionó a Ward un informe sobre la provincia de Texas que éste incluyó, así como el de Phillips (“Detalles de un viaje de Altamira a Catorce”) y el de Bourne (“Notas sobre el Estado de Sonora y Sinaloa”) como apéndices de su libro.¹⁸

Segunda parte

Motivaciones viajeras

Cuando William Bullock salió de Portsmouth rumbo a Veracruz lo hizo, como él escribe, cuando todavía tenía México un “gobierno permanente bajo Iturbide”,¹⁹ para cuyos ministros traía este agente confidencial y representante de comerciantes, industriales y manufactureros británicos varias cartas de presentación. Traía también consigo muestras y objetos diversos fabricados en Inglaterra con el fin de abrirles amplios mercados en la recién independizada nación. Al llegar a Veracruz se encontró con el doctor Mackie, conocedor del país por haber vivido anteriormente en México; pero éste, previendo los vientos de fronda santannistas partió para La Habana en espera de que se despejara la situación política y recayó, sin duda, en Bullock la misión de dar cuenta de los acontecimientos; los cuales le sorprendieron en tránsito por Puebla a donde llegó en la noche del 22 de marzo de 1823; es decir, tres días después de haber abdicado el emperador Agustín I. El doctor Mackie regresó de La Habana cuando el sistema republicano asegurábase como definitivo para México, y en conversaciones privadas con Guadalupe Victoria sentó las bases

17 *Narrative of an official Visit to Guatemala from Mexico*, Londres, John Murray, 1829.

18 Véanse los apéndices (p. 725-778) en la obra citada de Ward publicada por el Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

19 Bullock, *op. cit.*, cap. 2.

para el reconocimiento diplomático entre México e Inglaterra; cuando Bullock parte a los seis meses de estar en el país, se encuentra de nuevo con el doctor Mackie, que ya preparaba su equipaje para regresar a su patria, el cual justamente marchó en compañía de Bullock el 31 de agosto de 1823, lo que nos hace suponer una natural relación entre ambos agentes: uno dedicado por su gobierno a sondear la posibilidad de enviar a México una misión diplomática (la cual llegó a Veracruz el 11 de diciembre de ese mismo año, encabezada por los señores Hervey, O’Gorman, Mackenzie, Thompson, el doctor Mair y H. G. Ward) y el otro encomendado con la misión de informar sobre asuntos comerciales e inversionistas a cuenta de los fautores de su viaje. Según Bullock, las conversaciones entre el doctor Mackie y el general Guadalupe Victoria resultaron fructuosas –tanto como las suyas propias con éste y con Santa Anna– y beneficiosas para ambas naciones desde el punto de vista político y comercial principalmente.

El viajero sostiene por su parte que solamente “motivos de curiosidad”²⁰ lo trajeron a México y le llevaron a desafiar la aterradora amenaza del vómito prieto que imperaba en Veracruz; además, porque exceptuando las maravillas del imperio mexicano, su inmensa riqueza mineralógica, el deseo de adquirir información científica y el recuerdo de las hazañas de Cortés lo hacían un punto central del interés viajero. Empero esto es tan solo un decir, porque él mismo se refiere a la sorpresa que experimentaban los comerciantes españoles e incluso los pocos ingleses establecidos por entonces en el país, al no comprender los “fútiles motivos”²¹ que le inclinaron al viaje. Ni los interlocutores de antaño ni tampoco los lectores de hoy podemos admitir que el simple interés turístico hubiera movido a Bullock a tan larga cuanto azarosa excursión.

La aventura minera

Nuestro viajero venía asimismo atraído por el dorado minero; hizo dos viajes a Temascaltepec y se naturalizó mexicano para poder fungir como propietario de una mina mexicana, El Vado, que el gobierno mexicano le regaló o, creemos más verosímil, que él compró por una bicoca a cuenta de un consorcio inglés. En su segundo viaje a México (1824) comenzó a desaguar la mina y a

20 *Idem.*

21 *Idem.*

extraer mineral, y para ello trajo consigo, como ya sabemos, catorce o quince mineros irlandeses, católicos a marchamartillo, para evitar los inconvenientes de la presencia de trabajadores ingleses protestantes, tanto por su religión como por la dificultad de adaptarse al medio social mexicano. Además, fundamentados en Humboldt, los contratistas europeos habían observado en ciertos fundos mineros varios errores en la extracción y producción del mineral argentífero y lo consideraron extensivo a la totalidad de las minas. Como escribe H. G. Ward, “se subestimó la experiencia práctica de los mineros nativos; se condenó la maquinaria, sin ninguna investigación previa en cuanto a su potencia o a los diferentes grados de perfección obtenidos en los diferentes distritos; la mejoría gradual se consideró proceso demasiado lento y Cornualles fue des poblada de la mitad de sus habitantes para sustituir con un método completamente nuevo el que los mexicanos habían preferido a través de su experiencia de tres siglos”.²²

El fracaso fue total y uno de los más sonados resultó el de Bullock, quien como agente de las casas Baring y Lubbock compró la citada mina de Temascaltepec, donde después de haber gastado veinte mil libras esterlinas, según se dijo, no se logró ningún beneficio. Como apostilla el ya citado Ward: “no puedo determinar qué lo indujo, en primera instancia, a fijarse en tal lugar en particular, ya que nunca he descubierto ningún registro, ni siquiera alguna tradición sobre la producción anterior de la mina. Y la verdad es que en la actualidad no existe el más ligero vestigio de la veta ni se ha sacado de ella una sola onza de mineral (rico o pobre)”.²³

En la propia mina no había vestigios de veta alguna, Bullock ordenó perforar un nuevo tiro como a noventa yardas del antiguo, en un terreno más bajo donde su amigo el ingeniero estadounidense le construyó una rueda hidráulica muy ingeniosa para desaguar la mina; desde ahí se perforó luego una sangría, en dirección a la supuesta veta, que demostró la inexistencia de mineral beneficiable. Tras un cuantioso gasto hubo que abandonar la empresa. Los indios habían pronosticado que de esa mina no se extraería ni una sola onza de plata, pero Bullock atraído más que por el negocio en si por la belleza

22 *Op. cit.*, p. 357.

23 *Ibid.*, p. 360. Por supuesto Ward no pudo conocer la rica información sobre Temascaltepec publicada por Paso y Troncoso, “Papeles de la Nueva España”, en *Relaciones geográficas*, t. V, p. 15-39. También existe abundante información en el Archivo General de la Nación y en el Centro de Estudios sobre la Universidad (UNAM).

del paisaje (lo que abona con creces su inclinación romántica) persistió en su ensueño minero invirtiendo desde un principio, seguro del éxito, unas gruesas cantidades que la experiencia minera novohispana de tres siglos no aconsejaba cuando la presencia de una veta resultaba dudosa.

Sin embargo, fue acierto suyo y digno de alabanza, como dijimos, el importar mineros católicos irlandeses, porque los traídos en gran número de Cornualles para las minas mexicanas de Pachuca y Guanajuato ocasionaron serios problemas. La ignorancia, el libertinaje, la insubordinación y la insolencia de estos mineros ingleses disminuyeron materialmente el respeto inicial que mostraron los mexicanos por la supuesta superioridad de los habitantes del Viejo Mundo; “ninguna indulgencia podía ser mayor –permítasenos recurrir nuevamente a Ward– que la mostrada por las autoridades de Guanajuato para dichos hombres, a quienes frecuentemente se recogía borrachos en la calle en grupos de seis o siete y se les llevaba a la Hacienda de San Agustín con el propio vigilante, quien de haber sido nativo, los hubiera reducido a prisión; pero su paciencia, como la de los propietarios de minas, que estaban obligados a pagar salarios enormes y a ver su trabajo mal hecho, estaba a punto de agotarse”.²⁴

Bullock creyó también ingenuamente que los mineros mexicanos llegarían a reconocer la superioridad de las artes mecánicas inglesas; pero que nunca se debía recurrir a medidas convulsivas para obedecer sus reglas, sino paulatinas y, sobre todo, había que evitar interferir en los prejuicios religiosos de los trabajadores mexicanos.²⁵ El hecho fue que las compañías mineras inglesas comenzaron a dar de baja a casi todos sus trabajadores europeos y a confiar más y más en los mexicanos, que a fin de cuentas resultaban menos indolentes, obstinados e insolentes que los venidos de fuera y que, sobre todo, resultaban mucho más eficaces.

El obstáculo arancelario

Es indudable que William Bullock se sintió motivado por el deseo de adquirir información científica del país y como el curioso naturalista de la fábula de Iriarte, no sólo le atraían las sabandijas (ajolotes), los colibríes, los peces mul-

²⁴ *Op. cit.*, p. 558.

²⁵ *Op. cit.*, cap. 26.

ticolores y los cuadrúpedos novohispanos, sino también la posibilidad de favorecer mediante sus buenos servicios el intercambio comercial con la pujante e industrializada Inglaterra. Para ponerlo de manifiesto mostraba los muchos artículos producidos por el ingenio inglés (relojes, cubiertos de mesa, etcétera), entre los cuales hacía destacar no sin orgullo su propio bastón-pistola, su cámara lúcida o clara y su silla y mesa plegables. Bullock escribe: “Traje como regalos [para los políticos iturbidistas] aquellos artículos de manufactura británica que consideré más adecuados y que al mismo tiempo expresaran alguna idea sobre las riquezas y grandeza de mi país”.²⁶

El obstáculo mayor eran los altos aranceles que cobraban las aduanas porteñas a las mercancías importadas; de aquí el interés de Bullock, al igual que el de casi todos los viajeros de esta década, de que se anulasen o, cuando menos, se redujesen sustancialmente. La guerra comercial había comenzado y la competencia entre los fabricantes ingleses, franceses y alemanes de tejidos por el mercado mexicano alcanzó extremos determinantes. Muselinas y calicós ingleses eran los preferidos; pero tocante a los lienzos de lino y a las plaitillas los mexicanos se inclinaban por los alemanes. Los géneros franceses de lana barata tenían gran demanda; mas las medias de algodón fino, imaginaba Bullock, estimamos que muy erróneamente, desplazarían las de seda francesa a cuadrillos usadas por lo general entre las damas. Asimismo la moda francesa a base de colores claros había comenzado a desplazar a la tradicional mexicana, que a la española, utilizaba los tonos oscuros y con preferencia el negro; pero según Bullock, unas buenas colecciones de figurines de modas editados por Ackerman harían triunfar en la cerrada competencia las telas y modas inglesas. Los chales británicos desplazarían a los rebozos nacionales y los lindísimos bonetes o sombreros eliminarían entre las bellas de clase media y alta la señorial mantilla de seda. Mas los inconvenientes para este triunfo eran dos: las altas tarifas aduanales, según se ha señalado, y la producción artesanal-familiar de calicós corrientes a base de algodón delgado, que se cosechaba en las siembras familiares en las regiones del trópico y se tejía (mahones) en los telares caseros; y a ello había que añadir la producción de lanas y paños burdos que el sistema semiservil de obrajes ponía en el mercado. En realidad Bullock no visitó ningún obraje y no pudo establecer la diferencia entre los de Puebla y Querétaro; por ejemplo, por lo que respecta al sistema de produc-

26 *Ibid.*, cap. 2.

ción, él se atiene a lo leído en Humboldt y a lo que le ha comunicado su amigo Sultzer, juicios condenatorios; pero debería haber tenido en cuenta que las condiciones del trabajo libre en las fábricas y minas inglesas eran verdaderamente atroces y además no sólo se explotaba a los hombres sino también a las mujeres y niños que laboraban en ellas.

Ambos objetivos fueron a la larga alcanzados: la ingenuidad librecambista de nuestros liberales facilitó la maniobra antiproteccionista y los aranceles bajaron hasta el punto de resultar favorables a la inundación de los géneros extranjeros; de este modo nuestra incipiente industria nacional de tejidos así como la producción casera quedaron arruinadas. Aunque por el momento (fines de 1828) el proyecto de José María Godoy, Guillermo Dollar y Jorge Winterton (que el Congreso de la Unión “les concediera por espacio de siete años, el derecho exclusivo para introducir en la República las materias preparadas de lana y algodón, declaradas por el arancel de 1827 de ilícito comercio”, a cambio de lo cual pronosticaban un aumento espectacular en la recaudación del derecho de alcabala) fue rechazado²⁷ y aunque durante toda su vida política Alamán pugnó por establecer un sistema de prohibición absoluta, el proteccionismo aduanero no se estableció sino intermitentemente y acabó por desaparecer. La demagogia política facilitó con su vocerío extremado y emotivo el éxito de los de afuera; a pesar de todo, el lumpen de nuestras ciudades (léperos, zaragates y guachinangos) siguió semidesnudo y tiritando en los días crudos de nuestro invierno hasta bien entrado el siglo XIX.

Otra dificultad no menos seria se oponía en particular al comercio inglés y en general a todo el comercio extranjero: el monopolio de los viejos comerciantes españoles que dominaban el mercado al mayoreo y al menudeo y que tenían en sus manos los resortes del crédito. Contra ellos apuntaron sus baterías los competidores extranjeros y alentaron en no pequeña parte la ruina violenta y rápida del comercio español, primero tras el asalto y destrucción del Parián (29 de noviembre de 1828) y después en los repetidos establecimientos (1827) de los comerciantes españoles.

México, pensaba Bullock, coincidiendo en este punto, según se dijo, con todos los viajeros de esta década de los veinte, debía ser exclusivamente un país importador de productos extranjeros, a trueque de su explotación minera

27 Cit. Luis Chávez Orozco, *Historia económica y social de México*, Ediciones Botas, 1938, p. 119-125.

de plata acuñada o en lingotes; una constante de nuestra historia económica y que todavía hoy, en que hemos trocado la exportación de plata por la del petróleo, se recomienda interesadamente como la más adecuada solución para todos nuestros males. México debería ser productor de materia prima, exportador de la misma e importador a cambio de todos los beneficios productivos procedentes del exterior; nada más y nada menos.

Por supuesto podría ayudarse, como dijimos, exportando añil, cochinilla, productos tropicales y bloques de *tecalli*.

Caballeros, damas e indios

William Bullock, como toda persona y, más aún, como todo viajero que se estime, muestra naturalmente sus simpatías y antipatías, pero es lo suficientemente prudente para disimular las segundas y, por contra, para expresar con júbilo las primeras. Definitivamente los criollos y mestizos no le caen bien; mas el lector no encontrará en todo el texto una censura abierta o un encaramiento directo de la cuestión. Los considera, eso sí, modelos de cortesía; pero gastan muchos cumplidos para hacer ofrecimiento de su casa y de su persona que, desde luego, son solamente hiperbólicos: “manifiestan abiertamente que sus casas están a vuestra disposición; pero rara vez os invitan a ella”.²⁸ Encuentra además en extremo orgullosos a los criollos y no sin cierta incomodidad, tiene que registrar el hecho de que un probo empleado de la Casa de Moneda, después de atender con toda cortesía al viajero y servirle de guía por las instalaciones se negase a recibir una gratificación por su trabajo: “algo en verdad insólito –escribe Bullock– en cualquier parte del mundo”.²⁹ ¡México y yo –pudo decir el digno empleado– somos así, señor Bullock!

Le desagrada que tengan en tan baja estima a las naciones industriosas de Europa; que no sepan por ejemplo, quién era Wellington y que califiquen de piratas, por contra, a “ilustres ingleses” como Drake y Sir Walter Raleigh;³⁰ mas en contrapartida justo es indicarlo, pocos de los habitantes de la Gran Bretaña habían oído hablar, por ejemplo, de Puebla o Guatemala, ciudades populosas y opulentas; lo cual, si bien se mira, sigue siendo *terra incognita* de

28 W. Bullock, *op. cit.*, cap. 4.

29 *Ibidem.*, cap. 16.

30 *Ibid.*, cap. 4.

conocimiento para la mayor parte de la población media y popular de la Inglaterra de hoy. Motivo también de malestar es para Bullock la general conmiseración que la gente mexicana siente hacia los ingleses por no ser cristianos; cristianos católicos, por supuesto. El optimismo criollo admitía, si bien con cierta incredulidad, los adelantos de Inglaterra, pero no estaba dispuesto a aceptar que México estuviese atrasado trescientos años en relación con Europa, por lo que tocaba a toda clase de refinamientos. Bullock estaba convencido de que la presencia en el país de ingleses respetables e inteligentes abiertos de espíritu y ávidos para la investigación, convencería en breve a los mexicanos de cuán lejos estaban aún de los súbditos de la orgullosa Albión tocante a la apreciación de las artes y respecto a la adquisición de conocimientos.

El hecho de que estos mismos juicios críticos sirviesen por entonces para caracterizar a los españoles pone de manifiesto nuestra ingenuidad, como apuntamos en el exordio de este estudio, de imaginarnos entes nacionales psicológica e históricamente distintos. Bullock alude a la común “exquisita delicia” que los espectadores de Madrid y de México experimentaban ante las “horribles escenas de carnicería”³¹ que constituían las corridas de toros: identidad en la crueldad; pero asimismo, añadamos, en la proverbial cortesía. ¡Tanto monta...! Abomina asimismo de las peleas de gallos, pero le parece acaso muy civilizado no dejar con vida a cualquier animal que se pone a tiro de su mortífera escopeta; por otra parte, las peleas de gallos también se daban en Inglaterra junto con las de perros y osos. Bullock, como reza el refrán, veía la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio.

Propiamente él es uno de los pocos viajeros que no asiste a una corrida, aunque sí es espectador de dos charreadas: una improvisada y otra más o menos formal; sin embargo, no entiende el espectáculo, lo siente desvirilizado y sólo ve (él, tan inglés y pues tan deportista), los sufrimientos del animal en la monta a pelo o en la suerte del lazo. El hermoso, difícil, varonil y bello arte de la charrería queda inédito para Bullock, algo semejante le ocurre con el charro y su atuendo; hacendados y rancheros se ven elegantes, mas el barroquismo típico del traje y las monturas, así como la riqueza ostentosa e improductiva desplegada en las botonaduras, bordados, repujados y encajes le llevan al simple registro descriptivo.

³¹ *Ibid.*, cap. 30.

De las damas mexicanas poco dice porque poco o nada frecuentó el trato con ellas. Alaba el recato, la religiosidad, la limpieza y la moralidad de que dan muestra, si bien el uso inmoderado de cigarritos y puros y la pasión del juego le molestan tanto o más que el color negro predominante de sus trajes; pero cuando vuelve a Jalapa le sorprende gratamente el cambio provocado por la presencia de la moda y géneros ingleses; el negro universal casi había desaparecido: muselinas blancas, calicós estampados, manufacturas vistosas de Manchester y Glasgow y, sin duda, polisones a la inglesa, de acuerdo con los modelos de Ackerman, imperaban ahora por doquier.

Asiste en México al impresionante espectáculo de dar garrote vil a dos malhechores convictos y confesos; empero lo más sorprendente para Bullock es observar la multitud de mujeres de todas las clases sociales allí presentes, que se arrodillaban al paso de los prisioneros al par que cientos de bellos ojos negros se bañaban de lágrimas y los labios temblorosos musitaban preces por el alma de los que iban a ser ejecutados: decoro y piedad religiosa, otras dos constantes del espíritu femenino hispánico. También se admira por el hecho de que nunca vio en ningún país, incluido el suyo propio, mujeres que como las mexicanas se llevasen con tanto afecto y que manifestaran con tanto placer y regocijo el estar reunidas, y el abrazarse con singular amor en los encuentros y despedidas.

Los indios quedan idealizados, son gente sencilla y feliz (esto lo repite constantemente); personas además inocentes, limpias, religiosas, piadosas, inofensivas, respetuosas, corteses, gentiles, finas, comedidas y decentes cuyo único defecto era su cortesía casi rayana en el servilismo. Todos esos adjetivos los hemos ido extrayendo del texto del viajero, quien demuestra con ellos su inclinación y simpatía por esta parte importante de la población mexicana. Sus faltas provienen de la pobreza en que viven y ésta se debe a la servidumbre ejercida sobre ella a partir de la conquista española.

Resulta curioso observar, así en Bullock como en otros muchos viajeros, anglosajones o germanos principalmente, que en términos generales sus juicios críticos para el indígena resultan favorables a éstos. No es que él deje de criticar la indolencia y la degradación en que están sumidos por la causa líneas arriba indicada, sino que los vea felices, contentos, danzarines y fiesteros. Son indios que sonríen, que saludan respetuosos y corteses, que se solazan y expresan de mil modos su alegría vital. Hay sin duda alguna un exceso de celo comprensivo en las explicaciones de Bullock y más aún en los apuntes a lápiz

tomados directamente por su hijo, pasable dibujante, y que iluminados a mano presenta en su libro; pero hay también un fondo inobjetable de verdad en esas imágenes y explicaciones. Bullock se hace lenguas de los indios de San Miguel [Francisco] de los Ranchos, de Temascaltepec o de Xochimilco-Chalco. Sus jacales los ve tan limpios y sencillos que en más de una ocasión no tuvo reparo en pernoctar en ellos, sin temor a estas “inofensivas criaturas”³² haciéndolo con la misma seguridad que experimentaría de tener que alojarse en la humilde casa de un campesino inglés. Esta ingenuidad y sencillez indígenas, esta inconfundible alegría (que se desprende de las descripciones), que no obedecen al mal pulque ni al chinguirito abrasivo, menos a los orgiásticos ceremoniales colectivos, va desapareciendo paulatinamente al paso que va el siglo avanzando y se va imponiendo el liberalismo político económico por sobre la tradición comunal, y tiende a desaparecer casi del todo a medida que la desamortización impuesta por la llamada “Ley de Lerdo” (25 de junio de 1856) fue ejerciendo sus influjos anticomunitarios. A partir de la llamada Primera Reforma y sobre todo el arranque de la Segunda las referencias viajeras dejan de aludir al bucolismo indiano y truecan el patriarcal paraíso indígena en un infierno de desconfianza, abatimiento, suciedad, hosquedad y humillación.

Culto religioso

William Bullock es indudablemente el viajero más respetuoso en relación con el catolicismo mexicano. Cuando se tropieza con una procesión, un espectáculo sumamente tropezable en el México intolerante de aquellos días, la ve complacido y nos la describe. Las que presencié en México, incluida –nos parece– la de Corpus, fueron más concertadas y ordenadas que las que vio en la levítica Puebla de los Ángeles; pero las que más le encantaron fueron las concurridas por los indígenas por la “atención y devoción con que este pueblo inocente y simple, descendiente de ancestros caníbales, mostraba su gratitud al Creador”.³³ Insistiendo sobre el tema expresa que le causa mayor placer presenciar la manera “sencilla, inocente y feliz”³⁴ con que este pueblo reali-

32 *Ibid.*, cap. 26.

33 *Ibid.*, cap. 4.

34 *Ibid.*, cap. 31.

zaba sus deberes religiosos en Jilotepec que en las procesiones de las que fue testigo en las grandes ciudades.

Sin embargo, asistió en la Catedral de México a una función religiosa, tan pomposa y espléndida que excedió, según confesión propia, a todo lo que hasta entonces había visto, incluyendo las procesiones romanas. No obstante, la más asombrosa ceremonia a la que concurrió fue en la iglesia de San Francisco de los Ranchos, camino de Temazcaltepec: el espectáculo alucinante de una ceremonia pagana realizada en el centro católico por cinco hombres y tres mujeres “grotesca pero ricamente vestidos a la manera de la época de Moctezuma”;³⁵ mas por la descripción que nos da de la danza y pantomima creemos que se trataba de una representación de moros y cristianos, como todavía se llevan a cabo en diversos pueblos y comunidades indígenas y mestizas, ya la de los Doce Pares o bien una de las tantas danzas de evangelización o de tema histórico, con todo y parlamentos preparados con anticipación o improvisados. Lo que quiere demostrar Bullock es que pese a la diligencia extrema del clero español durante tres siglos todavía quedaban reminiscencias y recuerdos vivos del viejo culto prehispánico. Desenterrada la Coatlicue, que estaba sepultada en uno de los corredores del edificio de la vieja Universidad, acudieron muchos indios que silenciosos y atentos contemplaban el ídolo; un estudiante guasón se permitió una chanza a costa de la diosa azteca y un anciano indio, de los allí presentes, rearguyó así: “es verdad que ahora tenemos tres dioses españoles muy buenos; pero aun así deberíase habernos permitido guardar algunos cuantos de los pertenecientes a nuestros antepasados”.³⁶ Es más, le aseguraron a Bullock que al otro día apareció la estatua con ofrendas florales; lo cual demostraba, según el viajero, la permanencia críptica del culto pagano. Bullock parecía sentirse a gusto visitando iglesias y observando ceremonias, ya un lavatorio de Jueves Santo o el Oficio de Tinieblas que presencia en la catedral poblana: “quien deseara ver la pompa de una ceremonia religiosa deberá visitar a Puebla”.³⁷ No podría prescindir de la visita al enorme convento de San Francisco de la ciudad de México porque, como él escribe, para aquellos que como él gustaban de rastrear iglesias, la visita de aquél laberinto conventual les proporcionaría un amplio tema de interés para toda

35 *Ibid.*, cap. 26.

36 *Ibid.*, cap. 25.

37 *Ibid.*, cap. 6.

una mañana. En Puebla recorrió prácticamente todas las iglesias y en México hizo otro tanto; y aunque se confiesa incompetente en un trabajo como el suyo, hecho de prisa, sobre la marcha, para dar datos exactos y ofrecer juicios estéticos sobre la historia y sobre la arquitectura de cada iglesia, intenta hacerlo en la medida de lo posible mediante el bosquejo de los edificios más notables. Por lo que toca a los templos de México y Puebla la suntuosidad de los mismos rivaliza con la de los de Milán, Génova y aun Roma; cierto es que las iglesias de Italia son de mejor gusto; mas por lo que toca a decoraciones, ornamentos y riquezas en plata y oro las mexicanas las sobrepasan. Del altar mayor de la catedral poblana habla con admiración y admite que nada semejante a éste ha visto en sus andanzas por Europa; el único defecto que le encuentra es que el edificio catedralicio le viene chico.

No escapan a la vista del viajero cuadros, estatuas, retablos, balaustradas, altares de plata maciza, candelabros de oro, etcétera, y allí donde hay que expresar un juicio estético moderno no se sustrae a exponerlo, como su agrado por el neoclásico Palacio de Minería; la iglesia y colegio de San Felipe Neri en Puebla le merecen elogios así arquitectónicos como pedagógicos y espirituales; igualmente la iglesia jesuita del Espíritu Santo y su colegio anexo. Bullock es el primer viajero inglés interesado en el arte barroco mexicano, y aunque no lo entiende, el esfuerzo de comprensión que hace es digno de elogio, cuando menos porque está muy por encima de las mezquinas críticas de otros viajeros que sin comprender nada se atreven a explayar juicios temerarios originados en su horror hacia el culto romano y hacia todo lo representativo del mundo católico hispánico que para ellos resultaba idolátrico.

Del clero regular de Puebla subraya Bullock: “jamás me he encontrado con un clero tan humilde, amable y atento para los extranjeros”.³⁸ Comparado este respetuoso juicio con las maliciosas críticas de otros viandantes contemporáneos suyos, salta a la vista la actitud comprensiva de quien, pese a sus orígenes, quiere mostrarse libre de prejuicios inveterados y estereotipados. Un aspecto de la religiosidad hispánica le llama la atención; en nuestras iglesias, ayer como hoy, los asistentes a ellas no muestran la execrable distinción clasista que caracteriza a los pueblos protestantes. Como escribe Bullock, “sobre el mismo piso, los indios más pobres y los más encumbrados personajes del país se mezclan indiscriminadamente para elevar sus oraciones a ese Ser

38 *Idem.*

para el cual las distinciones terrenas son desconocidas”.³⁹ Este codeamiento que resulta tan odioso al espíritu anglosajón y tan repugnante para la conciencia religiosa heterodoxa se presenta en Bullock muy mitigado; de aquí su comprensión de este característico igualitarismo de raíz católica e hispánica, tal y como el pobretón soldado español de los famosos tercios de Flandes lo afirmaba comparándose con el propio rey: “¡Todos iguales, dineros menos!”

La primera exposición mexicana en Inglaterra

Si como hemos visto nuestro viajero estuvo interesado vivamente en visitar y describir catedrales, iglesias y conventos, y a poner de manifiesto las inauditas riquezas y tesoros que éstos poseían, también, y si cabe todavía más, se sintió cautivado por los restos arqueológicos, como apuntamos en la primera parte, por las pirámides, palacios, ídolos y posibles tesoros escondidos en los teocallis tal y como afirman los cronistas leídos y releídos por él. Fue probablemente el primer inglés admirador de la historia y de la arqueología prehispánica y el primero asimismo que, pionero en la técnica museográfica, presentó en el Salón Egipcio londinense dos exposiciones mexicanistas: El México Antiguo y El México Moderno (1824).

Para orientar al público inglés en la visita Bullock redactó e imprimió dos folletos-guías muy interesantes cuyos títulos (traducidos por nosotros) se leen así: *Una descripción de la exhibición sin igual, denominada México Antiguo, coleccionada en 1823 en el sitio mismo, con ayuda del gobierno mexicano, y abierta ahora a la pública Inspección en el Salón Egipcio, en Piccadilly, por W. Bullock, miembro corresponsal de la Sociedad Linneo, etc., etc.*, (Londres, Impreso por el propietario, 1824) y *Catálogo de la exhibición llamada México Moderno, que contiene una vista panorámica de la ciudad, con ejemplares de la historia natural de la Nueva España y modelos de los productos vegetales, vestidos, etc., etc., abierto ahora a la inspección pública en el Salón Egipcio, en Piccadilly, por W. Bullock, miembro corresponsal de la Sociedad Linneo, etc., etc.*, (Londres, Impreso por el propietario, 1824).

En el primer folleto, tras hacer una apretada síntesis de la historia azteca y de la conquista española de acuerdo con los textos de los cronistas militares (Cortés-Bernal Díaz) y con la *Historia* de Clavijero, enumera y describe según

39 *Ibid.*, cap. 9.

su leal saber y entender los diversos y mas principales objetos de la exposición. Lo más impresionante para el lector moderno es, sin duda, un dibujo apaisado del Egyptian Hall donde aparecen en primer término, entre dos columnas lotiformes pseudoegipcias, adornadas a la altura de cada capitel con máscaras mexicanas, el Calendario Azteca; vaciado en yeso, cuyo molde tomó Bullock durante su estancia en la capital del original que por entonces se hallaba empujado en lavase de la torre oeste de la catedral, y que al verlo por vez primera calificó de “bello ejemplar de la habilidad azteca”.⁴⁰ También se encuentra en vaciado la imponente Coatlicue, que al igual que se hizo con Humboldt fue desenterrada de uno de los claustros de la vieja Universidad para que tomara la impresión en yeso, y la réplica de la llamada piedra conmemorativa de Tízoc, o Piedra de los Sacrificios (con todo y su canalillo) como se suponía por aquella época. Se observa además un monstruo dentado, indistinguible y una descomunal e irreal reproducción de Xiuhcōatl. Se incluye también un modelo a escala de la pirámide del Sol y especímenes de las artes y artesanías del pueblo azteca. Cuelgan de la galería códices y pinturas prehispánicas en piel, en tela y en papel amate, e infinitas series de objetos menores irreconocibles. El objetivo de la muestra, como el propio museógrafo anuncia, estaba calculado para arrojar luz sobre las antigüedades del Viejo Mundo, al considerarlas desde un punto de vista distinto al de las antigüedades del Nuevo Mundo.⁴¹

El dibujo incluido en el catálogo correspondiente al México Moderno representa un gran salón cuyo testero de fondo lo ocupa por completo una panorámica de la ciudad y valle de México. En primer término se hallan sobre mesas unas grandes vitrinas con figuras del México Moderno; en el lado izquierdo del espectador unos enormes anaqueles encasillados con plantas y animales disecados e insectos de México; y en el lado derecho un jacal indio a tamaño natural y delante de él, con su sombrero encasquetado y cobijado en su amplio jorongo (pues sin duda hacía frío en Londres cuando el dibujante tomó el apunte) el indígena que como sirviente llevó consigo Bullock para su exhibición, José Cayetano Ponce de León, natural de Chiauhthla, pueblo cercano a Texcoco. Cactáceas y otras plantas típicas mexicanas se ven por doquier y al jacal no le faltan dos grandes calabazas sobre el techo de palma.

40 *Ibid.*, cap. 25.

41 Incluido en la edición inglesa del libro de W. Bullock (*op. cit.*) al final, en páginas sin numerar, como propaganda.

Pero oigamos al propio Bullock en su nota propagandística (México Moderno) que acompaña a la del México Antiguo:

En primer término se encuentra una choza india completamente equipada y habitada por el único indio mexicano que ha visitado a Europa desde la época de los nativos enviados por Cortés al rey de España. Está rodeada la choza por un jardín adornado con los árboles más extraordinarios, con arbustos, flores, frutas y vegetales producidos en el país, además de plantas vivas, lo cual nos proporciona una idea correcta de toda la exuberancia de un clima tropical. En el salón también se exhiben los objetos más interesantes pertenecientes a la historia natural de México (cuadrúpedos, pájaros, peces, reptiles y ejemplares de la vida vegetal preparados de tal manera que no se diferencian de las ricas y singulares producciones de la misma tierra). A esto se ha agregado una colección de minerales; una serie de modelos representativos de las diversas clases de pueblos existentes en la Nueva España y ejemplares de sus aposentos, vestimenta, artesanía y artes aplicadas. El conjunto, se espera, proporcionará una idea perfecta de un país hasta el presente poco conocido; pero ahora de importancia creciente en relación con sus intercambios comerciales y políticos con el Imperio Británico.

La reconstrucción romántica del color y sabor locales realza la escena, que se ve además animada, al igual que la anterior, por muchos visitantes: hombres con *inexpressibles*, digamos con el peculiar pudor a la británica, antecesor del moralismo victoriano; con exageradas chisteras encasquetadas, amplias levitas y plastrones al cuello; las damas, con talles ya casi de avispa, mangas abullonadas, polisones insinuados y los bonetes de rigor. Asimismo se ven niños acompañando a las parejas, vestidos como sus padres, como enanitos y algunos hasta con un bastón.

Bullock, como ya sabemos, trepó a las pirámides del Sol y la Luna; a la de Cholula y al Tezcutzingo para el baño de Moctezuma, atraído por su curiosidad arqueológica y más aún por la remotísima posibilidad de hallar tesoros; éstos le obsesionan; pero también los restos de obsidiana y las figurillas, los ídolos e idolillos que pudo encontrar o rescatar. Salvo las riquezas metálicas, todo lo demás se le dio pródigamente y por ello logró llevarse a Londres una impresionante cantidad de objetos, la mayor parte comprados por él, que

pudo exhibir en sus dos exposiciones. Contribuyó a su colección la indiferencia de la gente rente a aquellas cosas y, más que todo, la complicidad gubernamental pues no sólo le dieron todas las facilidades del caso, reconocidas por él, sino que le permitieron arramblar con piezas únicas, tal el caso de un códice, grande como una sábana,⁴² que había pertenecido a la colección Boturini y que don Lucas Alamán le permitió sacar del país con la promesa de devolución inmediata; pero no lo fue tanto, porque como escribe el historiador don Federico Gómez de Orozco, hubo más tarde que hacer las gestiones necesarias para recuperarlo.⁴³

Las ilustraciones del texto. Visión del paisaje

El hijo de Bullock, un mediano dibujante, acompañó a su padre en este presuroso viaje y se quedó en México, según parece, para atender los negocios mineros de su progenitor, quien regresaría muy pronto a nuestro país (1824) para ocuparse de su empresa. La edición del libro de su padre está ilustrada con vistas de Veracruz, de Jalapa, del Popocatepetl, de las pirámides de Teotihuacan y de ídolos indígenas. En estos dibujos grabados por I. Clark se ve la mano de un modesto aficionado; pero estas vistas con paisajes del hijo de Bullock son distintas a los tipos humanos y trajes representados, que él no firma y que pertenecen, sin duda, a una mano diferente. Tal vez los apuntes fueron interpretados por otros dibujantes, como es notorio en la lámina que representa la puerta del canal de Chalco, donde, como escribe Justino Fernández, el neoclásico y los exotismos románticos hacen de las suyas. Tal puerta es producto más bien de la imaginación del dibujante; cosa “explicable porque al antiguo México se le veía muy cercano al antiguo Egipto”. Visión curiosa pero totalmente falsa.⁴⁴

El retrato de Bullock, que nosotros hemos tomado del álbum gráfico que acompaña a la edición francesa de su libro, tampoco parece ser de su hijo; la firmeza del dibujo nos hace suponer que fue realizado por un buen dibujante francés. La litografía que representa a los dos caballeros precede a las de Linati

42 Mide 2.38 x 1.66 m.

43 *Apud* M. Toussaint, J. Fernández y F. Gómez de Orozco, *Planos de la ciudad de México*, México, 1938, p. 78.

44 “El atlas de la obra de Bullock”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, 1956, v. 24, p. 23-33.

y se le adelantan así en belleza como en realismo; pero la de los indios fue tan retocada que con dificultad los reconocemos como mexicanos. El plano de la moderna ciudad de México de García Conde, primer levantamiento científico, fue grabado en grandes planchas por José Joaquín Fabregat y Rafael Ximeno y Planes; la excelente reproducción a escala que acompaña al libro resulta un buen trabajo de copia. En cuanto al *Plano de papel de maguey*, que no es de maguey sino de una palmácea vegetal (*ízotl*), Bullock inventó que lo mandó levantar Moctezuma II a instancia de Cortés; pero se trata de un códice post-cortesiano que representa un sector cercano a Tlatelolco de la capital indiana. El grabado de este plano que nos presenta Bullock está desprovisto de las leyendas en español y se ve simplificado en los detalles; de suerte “que todo el sistema de calles y canales se pierde, así como muchos signos indígenas”.⁴⁵ Gracias a nuestro embajador en Inglaterra, el general don José Mariano Michelena, pudimos recuperar este códice y otro llamado *Tira de la peregrinación*, prestado también, “quién sabe por qué insospechable complacencia” de nuestro gobierno.⁴⁶

Pese a lo que hemos dicho del hijo de Bullock como dibujante, la panorámica del valle y ciudad de México que él tomó desde Tacubaya resulta un acierto. Si hablamos del paisaje debemos tener en cuenta que éste no es único sino múltiple y variado, cosa que a los dos Bullock los dejó embelesados. La variabilidad del mismo, conforme se van alejando de la costa veracruzana y van penetrando al interior del país, a la altiplanicie, al bosque alpino, a los climas subtropicales, a la tierra de nopales, agaves y aloes, les resulta impresionante. Observan paisajes de la zona templada y de la tropical; la admiración romántica de los Bullock es paralela a la científica como correspondía a la época y fundamentalmente al modelo humboldtiano latente en ambos.

En camino hacia Coatepec, Veracruz, el paisaje les recuerda el de Devonshire, con la salvedad, de acuerdo con Bullock, de que ningún paisaje de Europa podía competir con los de México; y en camino a Temazcaltepec cruzan a través de extensos bosques de árboles extraños, con robles y pinos “cuya exuberancia y tamaño eclipsaban ¡todo lo visto en los Alpes o en Noruega!”.⁴⁷ La llanura de Perote les presenta una panorámica completamente distinta,

45 *Ibidem.*, p. 31.

46 F. Gómez de Orozco, artículo en *Planos de la ciudad de México*, *op. cit.*, p. 78.

47 W. Bullock., *op. cit.*, cap. 26.

con un fondo montañoso y pintoresco que resultaba deseable para una pintura. Entre Jalapa y Perote encuentran montañas semejantes a las de Cumberland y Westmoreland; pero cubiertas con vegetación tropical y árboles magníficos de un efecto tan encantador que, como el viajero escribe, no encuentra palabras que puedan dar una idea adecuada de tal paisaje mexicano.⁴⁸

Si la ciudad de Puebla y sus alrededores y lejanías presentaban una espléndida vista, es, no obstante, la ciudad de México la que se lleva el premio en cuanto a las muchas interesantes panorámicas que brindaba no ya únicamente por su intrínseca belleza, por su arquitectura interesante, por sus casas alegres y floreados balcones, sino fundamentalmente “por su situación en el gran ‘Valle de México’, con sus lagos semejantes al mar y las volcánicas montañas que la circundan, las más elevadas de la Nueva España”.⁴⁹

Traza urbana. Casonas coloniales

El plano ajedrezado de la ciudad capital; la novedad, para Bullock, de las banquetas o aceras; la limpieza de éstas así como la de las rectas calles; las casas que nosotros llamamos coloniales, cuyo origen proviene, repitamos, de la civilización mediterránea, con su gran impluvio o patio interior (jardín) cuadrado, con gárgolas ligeras, fuentes centrales, pórticos interiores y escalera monumental dejan estupefacto a Bullock, acostumbrado al *home* nórdico, tan distinto al *hortus conclusus*, introvertido de la mansión hispánica tradicional. Casa además donde todavía convivían señores y empleados, criados y artesanos, oficinistas y hasta algún que otro lépero al amparo del dueño; protección que también se brindaba en los conventos donde los indigentes esperaban diariamente la sopa boba como dádiva.

El vendaval desamortizador no había todavía establecido la tajante división clasista entre arrabales, barrios bajos y centro ciudadano; todos vivían y convivían juntos supuesto que la mayor parte de los inquilinos se beneficiaban de las bajas rentas de la iglesia (la dueña de la mayor parte de las viviendas de alquiler) y de la tolerancia de ésta con los arrendatarios. Casas espaciosas, con azulejos y morunas azoteas llenas de flores; con techos altísimos y puertas y ventanas gigantescas; viviendas adecuadas al delicioso clima del país, de

48 *Ibid.*, cap. 5.

49 *Ibid.*, cap. 8.

casi perenne primavera; pero cuyo mobiliario y decoración interior no respondían al tradicional sentido inglés del confort. Todavía más, acababa de pasar una sangrienta revolución y fueron las familias aristócratas y las de clase media, dueñas de estas casonas, las que más sufrieron en sus bienes y estilo de vida, por lo que Bullock vio ya tales casas en su mayor parte desmanteladas y los soberbios objetos y ornamentos de plata maciza habían ido ya a parar al Monte de Piedad y de allí a la Casa de Moneda, donde fundidos y convertidos en numerario pasaron a circular, como expresa el viajero, por Europa y Asia.

Debido a tales bellos palacios y a las iglesias y conventos que no les iban a la zaga en magnificencia y derroche de mosaicos, la ciudad, vista desde un lugar elevado, presentaba un aspecto hermosísimo que contrastaba en extremo con las europeas, de tejas rojas, de tejados deformes y de filas de chimeneas.

De arqueología política

Las lecturas de Bullock, sus excursiones arqueológicas y los diversos restos esparcidos por la ciudad; el conocimiento directo de las famosas piedras y asimismo su contacto con personas mexicanas que algo podían añadir, por entonces, a los escasos y, en cierto modo, desdeñados vestigios de las antigüedades indianas, le hizo reaccionar, siguiendo a Clavijero –insistamos en esto– frente a las injustas y absurdas elucubraciones y ficciones de Depauw y de W. Robertson. Los cimientos de la moderna ciudad mexicana se levantaban sobre las ruinas de la vieja, pero todavía podían apreciarse restos de aquellas grandezas pese al empeño de los españoles en no dejar rastro ni recuerdo del pueblo por ellos destruido. Gracias al fragmento del códice que Bullock llevó consigo a Inglaterra el mundo podría al fin saber que Tenochtitlan, nombre que Bullock escribe con absoluta corrección, tuvo doble tamaño que la ciudad moderna levantada sobre la antigua por los españoles; más aún, “la igualaba en regularidad y la superaba en el número de sus palacios y templos”.⁵⁰

Por lo que toca a las ruinas de Texcoco ellas representaban un atractivo objeto de contemplación para toda mente reflexiva; producto cultural de un pueblo ilustrado cuyas costumbres, religión y arquitectura eran semejantes a las de Egipto; es decir, a las de la civilización que las excavaciones francesas

⁵⁰ *Ibid.*, cap. 27.

y el gran descubrimiento de Champollion habían hecho posible conocer y añadir al conocimiento universal. La comparación tiene, sin duda, sus larvados resabios difusionistas; mas era una especie de reto para los futuros científicos ingleses, que estimulados en sus investigaciones por el ilustrado don Lucas podrían, hay que deducirlo, asombrar nuevamente al mundo a la par que poner una vez mas de manifiesto la incuria y la furia destructora de los españoles, que es lo que se trataba de demostrar.

Posee también el interés de Bullock el rasgo que corresponde al gambusino arqueológico, pues lamenta el no haber podido explorar mediante excavaciones, por ejemplo en Huexotla, algunos ruinosos teocallis con objeto de hallar posibles tesoros no ya tan solo tesoros artísticos, arqueológicos e históricos, sino objetos de plata y oro. Sus excursiones a cuevas están también marcadas por el ansia aventurera de encontrar riquezas áureas y argentíferas; cosa que, dado el temperamento peculiar de Bullock, nada tiene de extraño salvo que condena en los españoles conquistadores el mismo afán que a él le mueve.

Otras veces el incentivo que le impulsa es más generoso aunque no está exento de cierta complaciente morbosidad. Se le abre la urna que contenía los restos de Cortés, Bullock examina complacido los huesos, el cráneo fundamentalmente, y no observa nada en éste que lo distinguiera en particular salvo que perteneció a una persona de pequeña talla. Tal vez Bullock no hacía cuenta de que su admirado Wellington era de baja estatura, no menos que lo fue el gran Drake. Y reflexionemos ahora: ¿Cómo pudo tan fácilmente estudiar los huesos si las autoridades coloniales, tan pródigas a los deseos del gran Humboldt, no le otorgaron a éste lo que con tanta liberalidad se le permitió al viajero inglés mediante autorización expresa de don Lucas Alamán? ¿Qué ejecutoria y qué respaldo científico o político necesitaría hoy día un hombre importante para que el gobierno mexicano accediese a algo semejante?

Cortesía y otras menudencias

Desde el punto y hora en que Bullock se puso en relación con México, empezando incluso en el primer contacto con el castellano de San Juan de Ulúa, la ceremoniosa y desmedida cortesía hispánica se le hace presente para no abandonarlo hasta no salir del país rumbo a La Habana. Chicos y grandes, todos a porfía, se apresuraban con gusto a ponerse al servicio del visitante, que se

confundía con tantos ofrecimientos cortesés, pero pasajeros, a base de frases hechas que todavía utilizamos. Como él escribe, éstas son “meras palabras, cumplidos hiperbólicos que van incluso más allá del viejo saludo español: ‘¡Ojalá y viva usted cien años!’”.⁵¹ Lo que pasa es que Bullock no quiere entender el sentido figurado de la ofrenda verbal; del sobreentendido finísimo que ella implica y que exige de inmediato la respuesta, el rechazo comedido y cortés no menos correcto: símbolos estructurales que toda cultura posee. Dentro de este estilo cortés debemos considerar también la circunscripción del pueblo mexicano en el teatro, que ya hubiera querido para sí el propio Londres. Los espectadores pueblerinos seguían atentos la función y no vociferaban ni mal se comportaban como la masa popular en los teatros ingleses.

La otra cara de este retrato, no la descortés por supuesto, pero sí la demás a cuenta de la familiaridad campechana, la experimenta en una gira campestre en que los asistentes batallan entre ellos después de la comida con migas de pan. En ese mismo convivio se extraña de la ausencia casi total de cuchillos, sin caer en la cuenta que en un festín campirano como al que fue invitado, a base de un lechón en barbacoa, los cuchillos así como las cucharas salían sobrando. A la comida siguió el baile popular y después el juego de cartas, donde hombres y mujeres, sobre todo éstas últimas, participaron con gran ansiedad y con extrema consternación y prejuicio por parte del expectante viajero.

En esta comida gustó del excelente y bien cocinado lechón y resulta en este caso un poco extraño que no censure, como es habitual en él, la calidad de la carne comparada con la europea de res y cordero. Juicio que coincide con el expresado en el siglo XVII por su paisano Gage, cuya obra tanto gustó a Bullock leer. En abundancia y variedad de frutos sobrepasa México por encima de Europa y por lo que toca al pan que se amasaba y cocía en Puebla y especialmente el que se fabricaba en la servidumbre de las tahonas de la ciudad de México, no tenía igual en ninguna parte del mundo; con lo cual y contra lo que se había supuesto, la fama y sabrosura de nuestros bolillos es bastante anterior a la presencia de los panaderos franceses en nuestro país, la cual se remonta a la década de los treinta del siglo XIX.

Para terminar este estudio sólo nos falta hacer un breve recuento de las personas que en México se han interesado en la obra de Bullock. El primer

51 *Ibid.*, cap. 4.

abordaje es el que realizaron en 1938 los investigadores Manuel Tussaint, Justino Fernández y Federico Gómez de Orozco en la publicación de *Planos de México* con motivo del estudio del código llamado *Plano de papel de maguey*, que Bullock como sabemos, incluyó en su exposición del México Antiguo. El segundo abordaje es el de Manuel Romero de Terreros en su *Apostillas históricas* (“México visto por un inglés en 1823”), donde se refiere a Bullock y a la visión de éste sobre nuestro país. El tercero, fue en nuestro *México en la conciencia anglosajona* (volumen 2) en donde situamos al viajero inglés dentro de la pléyade viandante de habla inglesa relativa a México.⁵² Justino Fernández en el volumen 24 de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (UNAM) realiza un agudo estudio crítico del álbum (texto e ilustraciones) que acompaña la edición francesa del libro de Bullock. Por último, la persona que se ha acercado no hace mucho al citado viajero es el señor Luis Everaert Du-bernard que nos cuenta en su artículo “Un inglés en Texcoco”⁵³ las andanzas de “Don William” por dicho punto y el interés arqueológico que éste mostró por los restos y ruinas prehispánicas. Entre los extranjeros interesados citaremos a H. Murray Campbell, quien en su conferencia *Englishmen in Mexico a century ago* hace mención de Mr. Bullock y lo considera como “el autor del primer relato sobre México publicado en Londres desde la aparición del *Ensayo político* del barón de Humboldt”.⁵⁴

Pasando a otro punto, diremos que nos parece inverosímil la afirmación de Bullock sobre el desconocimiento por parte de los trabajadores mexicanos de la utilidad de un instrumento de trabajo tan común como el serrucho u otro tan “complejo” como una carretilla; pero en fin, como escribió el poeta Campoamor en una de sus Doloras: “En este mundo traidor/nada es verdad ni mentira/todo es según el color/del cristal con que se mira.” Lo que acaso pueda explicar la facilidad con que nuestro viajero se *norteaba* en plena Plaza de Armas y confundía el norte con el sur. Su desorientación resulta increíble en un hombre, como él, tan dado a viajar y con pretensiones científicas; empero sus compases orientadores no le permitieron apreciar con exactitud, al encontrarse en el corazón de la ciudad, por dónde salía el sol y por dónde se

52 Dicho texto se reproduce en este tercer volumen de las *Obras de Juan A. Ortega y Medina* [n. del ed.].

53 En “Diorama de la Cultura”, *Excelsior*, México, D. F., 1 de marzo de 1981.

54 Editado por el autor, México, Imprenta Anguiano, 1949.

ponía. En otra ocasión Bullock ve más de la cuenta, como cuando asegura que desde la cima de la pirámide del Sol veía las torres de la catedral de México.

Ya a punto de partir, a bordo de la corbeta que le llevaría a su patria, nuestro viajero vuelve a sentirse totalmente a sus anchas, tras los seis meses de haber convivido con la gente mexicana; se halla entre los suyos, en medio de sus compatriotas y sin tener que escuchar a cada momento las variadas jerigonzas que españoles, criollos, indios y negros tenían por idioma.

En 1826 se encuentra en México con otro viajero anglosajón, el ya citado capitán George Francis Lyon, quien había leído el libro de Bullock y no estaba de acuerdo con los juicios expresados en dicha obra: en casa del señor Manning escribe Lyon, “me encontré también con Mr. Bullock, quien ahora se da cuenta de cuán equivocado estaba sobre las grandes ideas que se había formado de este país y cuán mucho ha descarriado a sus paisanos respecto a la fertilidad de México, contra el cual y contra toda su población se expresa ahora de un modo despectivo y en extremo fuera de razón”.⁵⁵ Sin duda, nuestro viajero hablaba por la herida abierta de su fracasado negocio minero.

Ya no es el Bullock optimista del primer viaje; el hombre que esperaba que una nutrida ayuda inglesa levantaría a México y lo llevaría de nuevo a la opulencia y productividad. El México que ya se había separado definitivamente de la Madre Patria y que podía confiar en que los ministros de Su Majestad Británica harían todo lo posible para que el mundo no quedara defraudado.

55 G. F. Lyon, *op. cit.*, p. 125.